

La condesa, al escuchar tan terrible confesión, cogió á su vez la mano de su hermana y se la besó llorando.

—¡Ya lo ves, cómo podré auxiliarte!—dijo ésta en voz baja.—Si por desgracia llegase á sorprendernos, entraría al momento en desconfianza y querría saber de pe á pa cuánto has podido contarme en el espacio de una hora, y tendría que engañarle, cosa bastante difícil tratándose de un hombre astuto y perspicaz, que me tendería mil redes hasta cogerme. Pero dejemos á un lado mis desventuras y pensemos en las tuyas. Tus cuarenta mil francos nada representan para mi Fernando, habituado á manejar millones, asociado con otro opulento banquero, el barón de Nucingen. Algunas veces he asistido á sus comidas, y he oído tales cosas que harían estremecer á cualquiera. De Tillet cuenta con mi discreción y habla delante de mí sin ambages ni rodeos. Pues bien: los asesinatos en despojado son obras de caridad comparados con ciertos planes financieros que traen entre manos. Nucingen y él se ocupan en arruinar al prójimo con la misma tranquilidad con que yo me cuido de socorrerlo. A menudó recibo visitas de sus infortunadas víctimas cuya suerte han echado de antemano, y que al mezclarse en sus negocios pierden irremisiblemente toda su fortuna. Al verlos me entran ganas de gritarles como á Leonardo en la caverna de los bandidos: «¡Guardaos de ellos!» Pero ¿qué sería de mí en este caso? Naturalmente, me callo. Este suntuoso palacio es una especie de ratonera. ¡Y pensar que así de Tillet como Nucingen tiran los billetes de mil francos á puñados por satisfacer un simple capricho! Ahora mismo acaba Fernando de comprar á un pariente el emplazamiento del antiguo castillo con objeto de reedificarlo; además, piensa rodearlo de un extenso parque y dilatados dominios. Pretende asimismo que su hijo será conde, pues nada le seduce tanto como un título de nobleza. Nucingen, por su parte, cansado del palacio de la calle de Saint-Lazare, está construyendo otro más suntuoso. Su mujer es una de mis amigas... ¡Ah!—exclamó—puede sernos muy útil, pues como no le teme á su marido y dispone de su fortuna, es fácil que te salve.

—Querida mía, no tenemos tiempo que perder, corramos á verla esta misma noche, al instante—exclamó la señora de Vandenesse arrojándose en los brazos de su hermana y echándose á llorar.

—Y ¿cómo podré salir á estas horas, á las once de la noche?

—Abajo nos espera mi coche.

—¿Qué es lo que estáis conspirando?—dijo de Tillet abriendo la puerta del gabinete.

Y mostró á las dos hermanas un rostro anodino y falsamente amable. La alfombra había apagado el rumor de sus pasos, y la preocupación de las dos mujeres les había impedido oír el ruido que hizo el coche de de Tillet al entrar. La condesa que, con el trato del mundo y la libertad en que Félix la dejaba, había adquirido aquella gracia y finura que en su hermana se hallaban todavía comprimidas por el despotismo marital, completa continuación del de su madre, adivinó en Eugenia un terror próximo á hacerle traición, y la salvó por medio de una respuesta franca.

—Crea á mi hermana más rica de lo que es en realidad—exclamó la condesa mirando á su cuñado.—Las mujeres sufrimos á veces ciertos apuros metálicos que no podemos confiar á nuestros maridos, como le sucedió á Josefina con Napoleón, y venía á pedirle un pequeño favor.

—Puede hacérselo á usted fácilmente, señora. Eugenia es muy rica—dijo de Tillet con melosa actitud.

—No lo es para usted, hermano mío—replicó la condesa sonriendo con amargura.

—¿Qué es, pues, lo que necesita?—dijo el banquero deseoso de hacer presa sobre su cuñada.

—¡Ah! ¿No acabo de manifestarle, señor, que las mujeres no podemos confiar á nuestros maridos ciertos asuntos?—respondió prudentemente la señora de Vandenesse comprendiendo que estaba en peligro de caer á merced del hombre cuyo trato acababa de trazarle, afortunadamente, su hermana.—Mañana vendré á buscar á Eugenia.

—Mañana no puede ser—dijo con frialdad el banquero.—La señora de Tillet comé en casa de un futuro par de Francia, el barón de Nucingen, el cual me deja su sitio en la Cámara de los diputados.

—¿No le permitirá usted, cuando menos, que acepte mi palco en la Ópera?—dijo la condesa sin cambiar ni una sola mirada con su hermana, temerosa de hacer con ella traición á su secreto.

—Ya tiene el suyo, señora—dijo de Tillet algo picado.

—Está bien; ya nos veremos allí—replicó la condesa.

—Esa será la primera vez que nos habrá usted dispensado tal honor—repuso el banquero.

La condesa comprendió el reproche y se echó á reír.

—No se inquiete usted—dijo,—por esta vez no se le exigirá ni un céntimo. ¡Adiós, querida mía!

—¡Impertinente!—exclamó de Tillet recogiendo las flores que se habían desprendido del tocado de la condesa.—Mucho tiene usted que estudiar en la señora de Vandenesse—exclamó en seguida dirigiéndose á su esposa.—Quisiera verla á usted en el mundo tan impertinente como acaba de mostrarse su hermana. Tiene usted un aire plebeyo y apocado que me carga.

Por toda respuesta, Eugenia levantó los ojos al cielo.

—Vamos á ver, señora; ¿qué han hecho ustedes dos aquí?—dijo el banquero después de una pausa mostrándole las flores.—¿Qué es lo que sucede para que su hermana venga á nuestro palco?

La pobre esclava, alegando que tenía sueño, iba á salir del gabinete, temerosa de un interrogatorio; pero de Tillet la cogió entonces por el brazo, y llevándola hacia las bujías, sustentadas por ricos candelabros, entre dos deliciosos ramilletes, clavó su penetrante mirada en los ojos de su esposa.

—Su hermana—dijo con frialdad—ha venido á pedir á usted, prestados, cuarenta mil francos que debe un hombre por el cual se interesa, un hombre que dentro de tres días se hallará lindamente estuchado como una buena alhaja en cierto edificio de la calle de Clichy.

La pobre mujer sintióse presa de una convulsión nerviosa, que reprimió con un heroico esfuerzo.

—¡Fernando, me ha asustado usted!—exclamó.—Pero mi hermana es una joven bien educada, y ama demasiado á su esposo para interesarse por un hombre así hasta este extremo.

—Se engaña usted, señora—dijo con sequedad el banquero;—las jóvenes educadas, como usted, en el temor y en las prácticas religiosas, llega un día en que tienen sed de libertad y de deleites, y nunca los que gozan son grandes ni bellos como los que ansian. Esas jóvenes de ordinario resultan malas esposas.

—Hable usted por mí, si quiere—exclamó la pobre Eugenia con sarcástica amargura,—pero sírvase respetar á mi hermana. La condesa de Vandenesse es demasiado feliz con su esposo, y éste le da sobrada independencia para que deje de quererle entrañablemente. Además, si su presunción de usted fuera fundada, ¿habría dejado de confiármela?

—Está bien—dijo de Tillet;—sea ello lo que fuere, yo prohibo á usted que intervenga en este asunto, pues me interesa que ese hombre vaya á la cárcel. ¿Lo ha oído usted?

La señora de Tillet se retiró.

—Con un poco de vigilancia no se me escapan sus actos—murmuró de Tillet al quedarse á solas en el gabinete.—¡Pobres tontuelas, que se atreven á luchar con nosotros!

Y encogiéndose de hombros, corrió á reunirse con su mujer, ó mejor dicho, con su esclava.

La confidencia hecha á la señora de Tillet por su hermana la señora Félix de Vandenesse abarca tantos puntos de su historia en los últimos seis años de su vida, que casi sería ininteligible, sin la narración sucinta de los principales incidentes de la misma.

Entre los hombres de valía que debieron su fortuna á la Restauración, á quienes, por desgracia suya, colocó ésta junto con Rastignac fuera de los secretos del gobierno, contábase Félix de Vandenesse, relegado como tantos otros á la Cámara de los Pares, en los últimos días de Carlos X. Esta desgracia, momentánea á sus ojos, le hizo pensar en el matrimonio, hacia el cual se sintió arrastrado, como sucede á muchos hombres, por una especie de desapego á las aventuras galantes, esas flores efímeras de la juventud. Existe un momento supremo en que la vida social se presenta al ánimo con toda su gravedad. Félix de Vandenesse había sido feliz y desgraciado alternativamente, más bien lo segundo que lo primero, cual les sucede á todos los hombres que desde los dinteles del mundo han saludado al amor en su forma más bella. Esos seres privilegiados se hacen difíciles; pero después, harto expertos en la vida y comparación de caracteres, acaban por refugiarse en el seno de un sentimiento único: la indulgencia; pero la indulgencia absoluta. Por muy desengañados, difícilmente se les engaña; pero saben rodear siempre su resignación de cierta gracia, cual si estuvieran preparados para todo y ansiaran amenguar sus necesarios sufrimientos. No obstante, Félix podía pasar por uno de los hombres más afables y elegantes de París. Le recomendaba especialmente á las mujeres la historia de una de las más nobles criaturas que ha visto el presente siglo, muerta, según se decía, de pena y amor por él; pero quien en realidad le había formado era una bella inglesa llamada lady Dudley. En concepto de muchos parisienses, Félix, que tenía las proporciones de un héroe novelesco, debió á lo mal que de él se hablaba la mayor parte de sus conquistas. La señora de Manerville cerró el catálogo de sus aventuras. Sin ser un Don Juan, el mundo amoroso le prodigó el

mismo desencanto que el mundo político. Así, pues, desesperaba de encontrar ese ideal de la mujer y de la pasión, cuyo prototipo había, por su desgracia, iluminado y dirigido en su temprana juventud. A los treinta años resolvió Félix poner término al tedio de sus felicidades, por medio del matrimonio. Sobre este punto tenía su opinión formada: su esposa había de ser una joven educada en las más severas prácticas del catolicismo, por lo que le bastó conocer el modo cómo la condesa de Granville había formado la educación de sus hijas, para decidirse á pedir la mano de la mayor. También él sufrió el despotismo de una madre, y se acordaba demasiado de su triste juventud para no descubrir, á través de los disimulos propios del pudor femenino, el estado en que el yugo materno hubiese dejado el corazón de una joven, tanto si este corazón se hubiese agriado, apenado ó sublevado, como si hubiese permanecido apacible, amante y dispuesto á abrirse á los bellos sentimientos. La tiranía produce efectos contrapuestos, cuyos símbolos pueden buscarse en dos grandes figuras de la esclavitud antigua: Epicteto y Espartaco, esto es: el rencor y los perversos sentimientos, y la resignación y sus ternuras cristianas. El conde de Vandenesse se reconoció á sí mismo en María Angélica de Granville, al tomar por esposa una joven cándida, inocente y pura. Como se consideraba un joven viejo, había resuelto de antemano entremezclar al sentimiento conyugal una especie de sentimiento paterno. El mundo y la política habían secado su corazón, y ya sabía que, á trueque de una existencia adolescente, iba á entregar los restos de una vida gastada y consumida. Al lado de las flores primaverales, sólo podía poner los hielos del invierno; la canosa experiencia al lado de la frescura y la inocencia pura y descuidada. Después de haber reflexionado maduramente sobre su posición, se acantonó en sus cuarteles conyugales con gran acopio de pertrechos, y las dos áncoras con que ancló en el puerto del matrimonio fueron la indulgencia y la confianza. Las madres de familia deberían buscar, para sus hijas, hombres de esta especie: el talento es protector como la divinidad, el desencanto es perspicaz como un cirujano, y la experiencia previsoras como una madre. Estos tres sentimientos constituyen las virtudes teologales del matrimonio. Sus investigaciones y las delicias propias de sus hábitos de hombre elegante y de buena fortuna, habían adiestrado á Félix de Vandenesse, que supo emplear, además, las observaciones de su vida en mil asuntos ocupada,

reflexiva y literaria, y, en fin, todas sus fuerzas para hacer dichosa á su mujer, poniendo en juego todo su talento. Al salir del purgatorio materno, María Angélica entró de golpe en el paraíso conyugal, que para ella Félix había dispuesto en la calle de Rocher en forma de un palacio, cuyos menores detalles tenían completo perfume aristocrático, sin que el barniz de la buena compañía en nada desbaratara el armonioso descuido que anhelan los corazones amantes. María Angélica saboreó los plenos goces de la vida material, y su esposo se convirtió durante dos años en su intendente. De grado en grado y con un arte refinado, Félix enteró á su esposa de las cosas de la vida, la inició en los misterios de la alta sociedad, la instruyó acerca de la genealogía de todas las familias de alta alcurnia, le enseñó el mundo, la guió en el arte del tocador y de la conversación, la llevó de teatro en teatro y la hizo seguir un curso completo de literatura é historia, dando cima á esta educación con los cuidados de padre, de amante, de profesor y de esposo; pero con una sobriedad bien entendida, así disponía los placeres como las lecciones, sin atentar por eso á las ideas religiosas de Angélica. En una palabra, salió airoso de su empeño como un maestro consumado. A los cuatro años, tuvo la dicha de haber formado de la condesa de Vandenesse una de las mujeres más graciosas y notables de los actuales tiempos. María Angélica experimentó precisamente por Félix los mismos sentimientos que su marido había sabido inspirarla: una amistad verdadera, un reconocimiento bien entendido, á la vez que un amor fraternal rebosante de ternura, noble y digno cual entre buenos esposos se apetece. Llegó á ser madre, y fué buena madre. Félix estaba unido á su mujer con todos los vínculos posibles, sin pretender ligarla, contando para conservar su serena felicidad con los atractivos de la costumbre. Sólo los hombres quebrantados en las luchas de la vida, sólo los hombres que han recorrido el externo círculo de las desilusiones políticas y amorosas pueden poseer esta ciencia y portarse de este modo. Félix halló, además, en su obra, el mismo placer que encuentran en sus creaciones los pintores y poetas, y los arquitectos levantando un monumento; su satisfacción era doble: gozaba ocupándose en la obra y saboreando el éxito creciente de la misma, admirando de continuo á su mujer, que era á la vez instruída y cándida, llena de ingenio y natural, amable y casta, joven y madre, perfectamente libre y encadenada. La historia de una familia dichosa

es como la de un pueblo feliz: puede escribirse en dos renglones y nada tiene de interesante. Así, pues, como la ventura sólo se explica por sí misma, aquellos cuatro años nada ofrecen que no sea monótono como el color de los eternos amores, insípido como el maná y divertido por el estilo de la novela de Astrea.

En 1833, el venturoso edificio cimentado por Félix con tanto afán, estuvo á punto de derrumbarse, minado en sus cimientos, sin que siquiera lo sospechara. El corazón de la mujer á los veinticinco años no es como el de la joven á los diez y ocho, como tampoco el de la de cuarenta es igual al de la de treinta. La vida de una mujer tiene cuatro épocas, y en cada una de ellas se ostenta una mujer distinta. Vandenesse conocía indudablemente las leyes de esas transformaciones debidas á las modernas costumbres; pero en su propia cuenta las tuvo olvidadas, del mismo modo que un gramático, por fuerte que se considere, puede descuidar alguna regla al componer un libro, y que un buen general en el campo de batalla y en medio del combate, entre los accidentes de un terreno dado, puede descuidar también un principio absoluto del arte militar. El hombre que sabe imprimir de continuo la idea en el hecho, puede llamarse hombre de genio; pero el que lo posee, no lo despliega constantemente y en todas las circunstancias, pues entonces se semejaría demasiado á Dios. Tras cuatro años de esta vida, sin un contratiempo ni un choque, sin una palabra que produjera la más leve discordancia en ese concierto de suaves sentimientos, sintiéndose la condesa perfectamente desarrollada como una hermosa planta que echa raíces en un buen terreno y recibe las caricias de un sol espléndido y radiante á través del éter sereno y azulado, tuvo una especie de reflexión sobre sí misma. Esta crisis de su existencia, objeto de la escena que más arriba hemos descrito, sería incomprendible sin algunas explicaciones previas, que tal vez atenuarán, á los ojos de las mujeres, los yerros de la joven condesa, tan feliz considerada como esposa y como madre, y que á simple vista parece indigna de disculpa. La vida es el resultado del juego de dos principios opuestos: al faltar uno de ellos, el otro sufre. Vandenesse, dando satisfacción constante á su esposa, suprimió el deseo, este rey de la creación que emplea gran número de fuerzas morales. El ardor extremo, la extrema desgracia y la ventura completa, todos los principios absolutos, suelen entronizarse en espacios desnudos de toda producción:

en otro caso, ansiosos de alentar aislados, ahogan todo cuanto con ellos no se relaciona. Vandenesse no era mujer, y sólo las mujeres conocen el arte de dar variedad á la ventura: de ahí dimanar su coquetería y sus negativas, sus temores y sus querellas, y esos sabios y espirituales rasgos de ingenua candidez, por medio de los cuales hoy ponen en tela de juicio lo que ayer no ofrecía dificultad alguna. Pueden los hombres cansarse de su constancia: las mujeres nunca. Vandenesse era una naturaleza demasiado bondadosa para atormentar premeditadamente á una mujer amada: por eso la elevó hacia lo más infinito y menos nebuloso de un amor sin límites; pero la solución al problema de la eterna beatitud pertenece á Dios y es propia de la otra vida: por eso aquí abajo los poetas sublimes, sin excepción, han fastidiado solemnemente á sus lectores, al abordar la pintura del paraíso. El escollo en que el Dante se estrelló fué el mismo de Vandenesse. ¡Honra y prez al valor desgraciado! Su esposa acabó por encontrar cierta monotonía en un Edén tan bien dispuesto; la felicidad perfecta que la primera mujer debió experimentar en el Paraíso terrenal, le dió las náuseas que á la larga produce el uso constante de los dulces, haciéndole experimentar, como á Rivarol al leer á Florián, el deseo de encontrar algún lobo en el redil. En todos tiempos esto ha recordado el sentido de la emblemática serpiente, á la cual Eva se entregó, sin duda, por fastidio. Tal vez esta moral parezca demasiado atrevida á ciertos protestantes que toman el Génesis más por lo serio de lo que podrían hacerlo los mismos judíos. En cuanto á la situación de la señora de Vandenesse, puede explicarse sin necesidad de figuras bíblicas: se sentía en el alma una fuerza inmensa sin empleo; con una dicha exenta de penas, andaba sin cuidado ni inquietud, poco temerosa de perderla, y todas las mañanas eran igualmente encantadoras, teniendo para ella un mismo azul é igual sonrisa. No arrugaba la superficie de ese lago el sople más leve, ni el del céfiro siquiera, y ella hubiera querido que ondulase. Su deseo alimentaba un algo infantil, que habría podido disculparla; pero en este punto la sociedad es tan severa como el Dios del Génesis. Su cultivado ingenio le hacía comprender de un modo admirable lo ofensivo de este sentimiento, por lo que le consideraba sumamente horrible para confiarlo á su *querido marido*. En medio de su sencillez, no había sabido inventar otra palabra de mimo, pues es imposible que se forje en frío el delicioso idioma de la exageración, que el amor enseña á sus

víctimas al fuego de sus ardientes llamas. Félix de Vandenesse, dichoso con tan adorable reserva, mantenía á su esposa, por medio de estudiados cálculos, en las temperadas regiones del amor conyugal. Modelo perfecto de maridos, consideraba como indignos de un alma noble los secretos del charlatanismo, que tal vez engrandeciéndole á los ojos de Angélica, le habrían valido frecuentes recompensas. Deseoso, en fin, de agradarle por sí mismo, nada quería deber al artificio ni á la fortuna. La condesa María, por ejemplo, sonreía al ver en el bosque un coche incompleto ó mal dispuesto, y sus miradas se fijaban en el suyo con suma complacencia, contemplando los caballos enjaezados á la inglesa, libres de sus arneses, y conservando cada uno su distancia; y como Félix no se rebajaba nunca á recoger un elogio por sus sacrificios, de aquí que su mujer tomara aquel lujo y buen tono como la cosa más natural del mundo, sin que ni siquiera se considerase obligada al agradecimiento, quizás por no haberse sentido nunca ofendida en su amor propio. Y en todo lo demás pasaba lo mismo. La bondad no carece de escollos, y como generalmente el mundo la atribuye al carácter de cada cual, de aquí que raras veces sean reconocidos los secretos esfuerzos de un alma bella, en tanto que se recompensa á los malvados por el mal que dejan de hacer. Por estos tiempos, la señora de Vandenesse había alcanzado un grado tal de despejo é instrucción, que ya en los salones pudo dejar el menguado papel de tímida comparsa atenta y observadora, que, según se dice, desempeñó durante algún tiempo la Giulia Grisi en los coros del teatro de la Scala. Sintiendo con fuerzas suficientes para ensayar el papel de *prima donna*, la condesa se aventuró á abordar su cortedad, y fué muy grande la alegría de Félix al ver que se mezclaba en las conversaciones. Las finas y amenas observaciones sembradas en su ingenio por su marido, la hicieron sobresalir, y el éxito la enardeció. Vandenesse, á quien siempre se le había concedido que su mujer era muy linda, se enorgullecó al oír decir que era también sumamente graciosa y despejada. De vuelta del baile, del concierto, ó de algún convite en que María hubiese brillado como siempre, al despojarse de sus atavíos, tomaba un aire alegre y juguetón, como para preguntarle á Félix: «—Vamos ¿me he portado bien esta noche? ¿Está usted contento?» La nueva faz de la condesa excitó, como es natural, los celos de algunas damas, y, entre estas, los de la hermana de su esposo, marquesa de Listomere, la

cual en un principio la apadrinó creyendo proteger á una joven que sólo podía hacer resaltar sus propias gracias. Una condesa llamada María, bella, espiritual y virtuosa, algo entendida en música y algún tanto coquetuela ¡qué buena presa para el mundo! Su esposo, por su parte, contaba en los salones con varias damas con las cuales había roto, ó que á su vez habían roto con él, y estas en verdad no podían mostrarse indiferentes por su enlace; pero cuando vieron en la señora de Vandenesse á una pobre joven, de manos coloradas, tímida y embarazada en sus ademanes, sin atreverse á despegar los labios y con cierto aire de reflexionar muy poco, se dieron con ello por vengadas. Acaecieron los desastres de 1830; por espacio de dos años estuvo dispersa la buena sociedad; los más poderosos, durante la tormenta, se retiraron á sus posesiones ó viajaron por Europa, y los salones no volvieron á abrir sus puertas hasta 1833. El arrabal de Saint-Germain se vió desierto y de mal humor, y sus habitantes sólo favorecieron limitados salones, entre otros los del embajador de Austria, considerados como terreno neutral, y donde la buena sociedad legitimista y la nueva que estaba en formación se encontraron reunidas, representadas por sus eminencias más elegantes. Vandenesse, unido por los sagrados vínculos del corazón y hasta por reconocimiento á la dinastía desterrada, de arraigadísimas convicciones, creyóse no obstante dispensado de secundar las tontas exageraciones de su partido. En los momentos de mayor peligro, había cumplido como bueno, arriesgando su existencia cuando osó entregarse á merced de las oleadas populares, pidiendo transacciones; así, pues, no se creyó impedido de acompañar á su esposa á unas esferas donde su probada fidelidad no había de ser nunca comprendida. Con gran dificultad reconocieron las antiguas amigas de Vandenesse á la joven esposa de éste en la graciosa, elegante y amable condesa, que se producía sin ayuda de nadie con los más distinguidos modales propios de la aristocracia femenina. Al verla así, las señoras de Espard, de Manerville, lady Dudley, y algunas otras menos conocidas, sintieron despertarse enconadas sierpes en el fondo de su corazón: los aflautados silbidos del colérico orgullo resonaron en su pecho, y llenas de celos ante la felicidad de Félix, habrían renunciado de buen grado á sus más hermosas chinelas sólo por tener el gusto de acarrearle una desgracia. Pero tuvieron tacto suficiente para no mostrarse hostiles con la condesa, antes bien se apresura-

ron á hablarla, tratando de demostrarle una amistad exagerada y colmándola de extraordinarios elogios en presencia de los hombres. Félix adivinó al instante sus intentos, observó sus manejos y encargó á su esposa que desconfiara de ellas; y éstas, adivinando á su vez las inquietudes de Félix, y no pudiendo perdonarle tamaña desconfianza, redoblaron su táctica, sus encomios en favor de su rival, y llegaron al punto de crearle un éxito enorme, con gran descontento de la marquesa de Listomere, que no comprendía nada de este juego. La condesa de Vandenesse era, en sus labios, la mujer más encantadora y espiritual de París. En esto, otra de las cuñadas de María, la marquesa Carlos de Vandenesse, sufría mil desazones á causa de la confusión que algunas veces originaba la semejanza del nombre y de las diversas comparaciones que esto motivaba; pues si bien la marquesa era también muy bella y graciosa, sus rivales se gozaban comparándola con su cuñada con gran complacencia, porque esta tenía doce años menos de edad. Harto calculaban aquellas mujeres hasta qué punto la fama de la condesa podía agriar sus relaciones con sus dos cuñadas, y efectivamente, al poco tiempo éstas se mostraron frías y hasta desatentas con la triunfante María Angélica. He aquí como acabó por tener, en dos parientas, dos cordiales enemigas. Sabido es de todo el mundo que, á la sazón, la literatura luchaba á brazo partido contra la general indiferencia engendrada por la política, dando á luz obras más ó menos *hyronianas*, cuyo asunto lo constituían especialmente los delitos conyugales. Este eterno asunto se puso entonces más que nunca de moda. El amante, esa pesadilla de los maridos, aparecía en todas partes, excepto, tal vez, en el hogar doméstico, donde, en aquellos tiempos de burguesía, ofrecía menos lances que en otra época alguna. Pero ¿por ventura se pasean los ladrones por las calles cuando todo el mundo se asoma á la ventana dando voces de «¡A ellos!»? Si en el transcurso de estos años fecundos en agitaciones urbanas, políticas y morales hubo catástrofes matrimoniales, constituyeron raras excepciones, y, aun así, distaron mucho de ser tan ruidosas como durante la Restauración. A pesar de todo, las mujeres la habían dado por cuchichear sobre el asunto que entonces daba pábulo constante á las dos formas de la literatura: al libro y al teatro; y el amante, este ser tan raro como apetecido, era el principal objeto de sus conversaciones. Las aventuras de este género que trascendían al público mostraban prolijas discus-

siones sostenidas, como siempre, por mujeres irreprochables, pues es un hecho digno de notarse el apartamiento de estas controversias por parte de aquellas mujeres que gozan de una felicidad ilícita. En sociedad saben observar tal comedimiento, prudencia, reserva y timidez, que no parece sino que pidan por favor á todo el mundo silencio y perdón de sus placeres. Por el contrario, cuando una mujer demuestra complacerse con la reseña de esas catástrofes y permite que le expliquen aquellas delicias que parecen justificar el extravío de los culpables, ya podeis decir que se encuentra en la encrucijada de la indecisión, sin saber qué camino tomar. Durante todo el invierno, la condesa de Vandenesse oyó rugir en sus oídos la gruesa voz del mundo, y el viento de las tempestades silbó en torno de ella. Sus pretendidas amigas, que no cesaban de proclamarla bella y distinguida desde la cúspide de su elevado rango, le dibujaron distintas veces la seductora imagen del amante, é inundaron su alma con las ardientes frases del amor, palabra del enigma que la vida ofrece á las mujeres, pasión inmensa que, según la señora de Staël, se predica con el ejemplo. Si la condesa preguntaba alguna vez, en una reunión de confianza, acerca de la diferencia que existe entre un amante y un marido, nunca una sola de aquellas mujeres, deseosas de labrar la desventura de Vandenesse, dejó de contestarle de modo que su curiosidad se excitara, que se exaltara su imaginación, que su corazón se sintiera impresionado y toda su alma llena de interés.

—Con un marido se vive mezquinamente; con un amante se goza de la vida—le decía su cuñada, la marquesa de Vandenesse.

—El matrimonio, hija mía, es nuestro purgatorio—exclamaba lady Dudley;—el amor, nuestro paraíso.

—No es exacto—añadía la señorita de Touches;—el amor es nuestro infierno.

—Pero es un infierno donde se ama—observaba la marquesa de Rochefide,—y caben más deleites en el sufrimiento que en el goce, ó sino que lo digan los mártires.

—Con un marido, tontuela, vivimos, por decirlo así, de nuestra propia vida, mientras amar vale tanto como vivir de la vida ajena—le decía la marquesa de Espard.

—Un amante es fruto vedado, frase que á mi ver lo resume todo—exclamaba riendo la linda Moína de Saint-Héren.

Quando no asistía á las reuniones diplomáticas ó á los bailes

que se celebraban en casa de algunos opulentos extranjeros, concurría todas las noches al salir de los Italianos ó de la Ópera, lo mismo que lady Dudley ó la princesa Galathionne, ora á casa de la marquesa de Espard, ó bien á la de la señora de Listomere, ya á la de la señorita de Touches ó á la de la condesa de Montcornet, ó, por último, á la de la vizcondesa de Grandlieu, únicos salones aristocráticos que habían abierto sus puertas, y nunca se retiraba sin llevar alguna mala semilla sembrada en el corazón. Tan pronto se le hablaba de *completar la vida*, frase de moda en aquellos tiempos, como de *ser comprendida*, otra frase á la cual las mujeres suelen atribuir los significados más extraños. Regresaba á su casa inquieta, conmovida, curiosa, pensativa, echando algo de menos en la vida, pero sin darla por desierta enteramente.

La sociedad más divertida y variada entre los salones concurridos habitualmente por la señora Félix de Vandenesse, era, sin duda, la que se reunía en los de la condesa de Montcornet, bellísima dama que recibía en ellos á los artistas ilustres, eminencias de la banca y escritores distinguidos, sometiéndolos previamente á un examen tan severo, que los más exigentes en sus relaciones y amistades nada tenían que temer respecto á tener que rozarse allí con algún individuo perteneciente á un círculo social de un orden secundario. En este punto podían darse por satisfechas las pretensiones más exigentes. Durante el invierno en que se rehizo la buena sociedad, algunos salones, entre cuyo número se contaban los de la señora de Espard, de Listomere, de la señorita de Touches y de la duquesa de Grandlieu, reclutaron entre las nacientes notabilidades del arte, la literatura y la política á Raúl Nathán, presentado en ellas por uno de los escritores más ingeniosos, aunque más perezosos de la época; Emilio Blondet, otra celebridad, pero á puerta cerrada, citado á menudo en los periódicos, era desconocido fuera del recinto de la capital, pues Blondet sabía á qué atenerse sobre este particular y no se hacía ilusiones. — *La gloria* — dijo un día, — *es un veneno bueno para tomarlo á pequeñas dosis.*

Raúl Nathán, al darse á conocer tras de prolongadas luchas, aprovechó del súbito apasionamiento que por la forma manifestaron aquellos elegantes sectarios de la Edad media con tanto gracejo apellidados hijos de la Joven Francia, y se dió aires de hombre de genio, alistándose entre aquellos adoradores del arte, cuyos intentos, por otro lado, debemos confesar que eran

excelentes, pues nada hay en el mundo tan ridículo como las costumbres de los franceses del siglo XIX, aunque se necesite cierto valor para ponerse á reformarlas. Hagámosle justicia: la personalidad de Raúl ofrecía un no sé qué de grande, de caprichoso y extraordinario que estaba solicitando un marco. Tanto sus enemigos como sus amigos, y el testimonio de aquéllos daba más valor al de éstos, convinieron unánimemente en que en nadie como en él se armonizaban mejor el espíritu y la forma. Prescindamos ahora de accesorios y retratémosle al natural. Su semblante marchito y sembrado de huellas parece indicar que ha luchado con los ángeles ó con el infierno, semejándose al que ciertos pintores alemanes atribuyen á Jesucristo, muerto. Dibujábanse en él mil ruinas, producto de una lucha constante entre su débil naturaleza humana con las potencias superiores; pero ni lo enjuto de sus mejillas, ni las protuberancias de su cráneo, ni los tortuosos surcos de su frente, ni los ángulos pronunciados de su ceño y sienes indican debilidad de constitución. Sus duras membranas y sus huesos, por extremo marcados, ofrecen notable solidez, y por más que la piel, curtida á fuerza de excesos, parezca pegada á los huesos, cual si ardientes fuegos internos la hubiesen disecado, es indudablemente la envoltura de una musculatura formidable. Flaco y de aventajada estatura, suele llevar en desorden sus largas melenas, como para producir efecto. Aquel Byron mal peinado y peor conformado, de piernas de garza real, de rodillas puntiagudas, exageradamente cargado de hombros, de manos como encordiladas, de músculos recios como los de las patas de un cangrejo, con dedos afilados y nerviosos, tiene ojos napoleónicos y miradas que penetran hasta el alma, nariz arqueada y fina, y boca hechicera que, al entreabrirse, ostenta la dentadura más blanca que puede apetecer una dama. En su cabeza bullen las ideas, y brilla la llama del genio en su frente. Raúl pertenece al número de esos hombres que impresionan con sólo verlos una vez y que al poco tiempo de concurrir á un salón se convierten en centro luminoso de todas las miradas. Se hace notar, además, por su descuido en el modo de vestir. En efecto, sus vestidos parece que hayan sido retorcidos, ajados, arrugados espresamente para que armonicen mejor con su fisonomía. Habitualmente lleva una mano descansando en la abertura del chaleco, en la misma postura que ha hecho célebre el retrato de Chateaubriand pintado por Girodet; pero al verlo, á

uno se le antoja que lo hace menos con el intento de parecerse que con el de arrugar los pliegues regulares de su pechera. Apenas principia á hablar, enróscase su corbata á compás de sus convulsivos movimientos de cabeza, vivos y bruscos como los de un caballo de buena sangre, lleno de impaciencia por desembarazarse del freno ó la barbada. Su lengua é inculca barba, ni perfumada, ni alisada, ni peinada como la de los elegantes que la llevan en punta ó en forma de abanico, crece á su placer como la hierba en el monte. Sus cabellos revueltos, enmarañados y en parte cogidos entre la corbata y el cuello de la levita, caen abandonada y voluptuosamente sobre sus hombros, dejando una capa de grasa en todo cuanto acarician. Sus secas manos no conocen el lujo del limón ni del limpia uñas, y existen folletinistas que pretenden que con rara frecuencia las aguas lustrales refrescan su calcinado cutis. En una palabra: el terrible Raúl es un tipo grotesco. Sus movimientos recuerdan las violentas sacudidas de una máquina imperfecta: si anda, hace olvidar toda idea de orden á fuerza de violentos desvíos en zig-zag y de inesperadas suspensiones, que más de una vez le hacen dar de bruces contra los pacíficos paseantes de los bulevares de París. Cuando habla se distingue por la plenitud de un humor cáustico inagotable, y sus finos epigramas corresponden al continente de su cuerpo; su conversación, empero, toma y deja súbitamente el tono de la acritud, y es á veces suave, poética, dulce, consoladora y fuera de lugar; y en ciertos momentos, cual si su espíritu sufriera un inexplicable sobresalto, se para, y cansa con su silencio. Ostenta en el mundo un aire desmañado, sumamente audaz, demuestra profundo desdén por las convenciones sociales, y es tal su afán de criticar todo cuanto es respetado, que se indispone á menudo con aquellos menguados espíritus ganosos de conservar las doctrinas de la antigua etiqueta, sobresaliendo en él algo de original como las creaciones chinecas, que las mujeres están muy lejos de mirar con malos ojos. Por otra parte, sabe guardar con ellas una amabilidad afectada que, logrando eclipsar sus extravagantes formas, le vale una victoria completa sobre las antipatías que pudiera inspirar, lo cual halaga en extremo su vanidad, su amor propio ó su orgullo.

—¿Por qué es usted así? —le preguntó un día la marquesa de Vandenesse.

—¿Por ventura no nacen las perlas entre conchas?—repuso fastuosamente Raúl,

A una señora que le dirigió igual pregunta, le contestó:

—Si estuviera á bien con todo el mundo ¿cómo me las compondría para parecerle mejor á una persona, á quien prefiriese sobre todas las demás?

La vida intelectual de Raúl adolece del mismo desorden, de ese desorden que en todo constituye su enseña. No es engañoso su aspecto, y en verdad que su talento sólo puede compararse con esas pobres muchachas que entran al servicio de las familias medianamente acomodadas para hacerlo todo. Principió por dedicarse á la crítica; pero echó de ver al instante que esta tarea no podía sacarle de apuros. Según él, sus artículos valían tanto como si fuesen libros. Seducido por los derechos de representación que abonan los teatros, é incapaz de proseguir con constancia el trabajo lento y sostenido que exige una obra dramática, se vió obligado á buscar la colaboración de un *vaudevillista*, y la encontró en uno, llamado de Bruel, el cual desarrollaba sus ideas, reduciéndolas á ligeras producciones de un acto, llenas de donaire, y expresamente para determinados actores. Con ellas formó á Florina, actriz célebre, de la cual tendremos ocasión de hablar en el transcurso de esta historia. Pero humillado por semejante asociación, algo parecida á la de los dos hermanos siameses, escribió Nathán, sin auxilio ajeno, un drama de gran espectáculo para el Teatro Francés, drama que cayó con todos los honores de la guerra, entre las grandiosas salvas de fulminantes artículos en todos los periódicos. Ya en su juventud había intentado lo mismo, dando á la escena un magnífico drama romántico popular, del género de *Pinto*, en una época en que el clasicismo reinaba en toda la línea; y el Odeón, en donde se estrenó, agitóse de tal modo durante tres noches, que las representaciones del mismo fueron prohibidas. A los ojos de algunos, el segundo pasaba, lo mismo que el primero, por una obra maestra, y entrambos captaron á su autor reputación más valiosa que todas las piezas sumamente productivas, escritas en colaboración con de Bruel; pero, por desgracia, profesaban sólo este concepto gentes, por lo común, poco atendidas, los inteligentes y las personas de buen gusto.

—Una caída más como esta y te immortalizas—le dijo Emilio Blondet.

Pero lejos de proseguir Nathán por esta senda áspera y difícil, volvió á caer empujado por la necesidad de los pelucones en el *vaudeville* del siglo XVIII, en la pieza de costumbres y